

LA LETRA CON SANGRE ENTRA

Una tarde de domingo lluviosa y desapacible del pasado invierno, era en diciembre, me dediqué por pasar el rato a poner en orden el contenido de una serie de carpetas que repletas de recortes de prensa y anotaciones diversas, ocupaban más sitio del que podía disponer. Me aparecieron allí amarillentos recortes de prensa, algunos con más de treinta años desde que fueron guardados por algún motivo que ahora al repasarlos no recordaba cual fue.

En una de aquellas viejas carpetas encontré algo de cuya existencia me había olvidado por completo. Y eso que estaba en mi poder desde hacía por lo menos veintiuno o acaso más años. Se trataba de un cuaderno que llegó a mis manos de una forma un tanto extraña y misteriosa. Era un cuaderno de aquellos antiguos con las tapas de hule negro. La lectura —la relectura— de lo que una mano para mí desconocida había escrito en aquellas hojas de papel cuadriculado y amarilleado por el paso de los años, significó para mis adormecidos recuerdos una sacudida brutal, «un manotazo duro, un golpe helado», como dijo el poeta.

Fue un retornar en los recuerdos a los años 1959 ó 1960, que eso no lo tengo muy seguro. Sí recuerdo que era en verano. Seguramente el mes de junio o julio.

En la conversación entre varios amigos surgió el tema de la enseñanza. Todo ello mientras paseábamos al anochecer por las calles del pueblo haciendo las obligadas paradas en los bares de nuestro recorrido. No recuerdo si éramos tres o cuatro los amigos que formábamos el grupo. El caso es que la conversación fue derivando hacia un tema muy concreto dentro del mundo de la enseñanza, visto con la óptica de cuando éramos niños, de cuando éramos alumnos de alguna escuela.

Alguien citó aquello que se solía decir de que «la letra con sangre entra». A partir de entonces la conversación —casi la discusión por la diversidad de opiniones y el apasionamiento con que cada uno de nosotros exponíamos nuestros argumentos—, se centró en el espinoso tema de los castigos corporales con los que se castigaba a los alumnos en algunas escuelas y colegios.

Los azotes, los golpes con un palo o vara, las humillaciones, que eran castigos usuales sin tener en cuenta la personalidad o la sensibilidad de cada niño.

En nuestra conversación, esto lo recuerdo perfectamente, llegamos a citar a Dickens, que en alguna de sus novelas reflejó magistralmente los sufrimientos de algunos de sus personajes infantiles.

Serían poco más de las diez de la noche cuando entramos en un bar por aquello de la última ronda, de la «espuela». El bar estaba puede decirse que vacío. Un solitario cliente estaba apoyado en el mostrador, en la barra. Nosotros seguíamos hablando apasionadamente sobre nuestras experiencias y recuerdos escolares. Y lo hacíamos en un tono de voz bastante elevado.



Yo me di cuenta de que nuestra conversación había llamado poderosamente la atención del solitario bebedor que estaba allí cuando nosotros entramos. Pero no me fijé más en él. No concedí ninguna importancia a su atenta escucha de cuanto decíamos, atribuyéndolo a que a veces más que hablar, lo que hacíamos era gritar. Algunos días más tarde me iba a pesar el no haberme fijado más en aquel hombre, que por otra parte era de una edad aproximada a la nuestra, acaso un poco mayor.

El hecho es que a los pocos días de aquella conversación entre amigos, recibí por correo un sobre que contenía un cuaderno con las tapas de hule negro y en cuyas páginas alguien había escrito lo que a continuación sigue. Dentro del sobre había también una nota con la misma caligrafía que la del cuaderno en la que se me decía:

«Ayer escuché lo que hablaban en el bar sobre la violencia que algunos maestros ejercían sobre sus alumnos. ¡Cuánta razón tenían ustedes! Yo fui víctima de uno de esos maestros. Porque hubo un maestro que me azotó de tal manera que me dejó marcado para toda la vida.

En el cuaderno que le envió está escrito todo lo que me sucedió cuando era un niño que no había cumplido los once años. Haga usted con el contenido del mismo lo que mejor le parezca. Gracias».

La nota no tenía firma. Entre las hojas del cuaderno había también un documento curioso. Era un parte médico emitido en la Casa de Socorro de San Sebastián. Le habían recortado cuidadosamente la parte en la que supongo estaba escrito el nombre de quien recibió la asistencia médica. Aquel documento tenía una fecha. 17 de Marzo de 1937.

Como en la nota se me decía que con todo aquello hiciera lo que creyera más oportuno, pues... eso, lo que hice fue guardarlo en una carpeta y allí permaneció hasta la lluviosa tarde de un domingo de diciembre de 1981. He hecho una cierta «poda» del relato. He omitido los nombres propios así como ciertas expresiones excesivamente «coloristas». Tengo que decir que todo lo allí escrito tenía un título. Lo habían titulado así:

LA PALIZA

Me faltaba un día para cumplir once años me dieron una paliza bestial en la escuela. Yo era un niño de once años cuando el maestro de la escuela a donde iba, me apaleó sin piedad cuando yo estaba caído en el suelo. Aquel maestro tenía su mesa de trabajo sobre una especie de tablado con dos gradas para acceder a ella. Así desde aquella posición elevada podía vigilar a los alumnos. Me llamó para que me situara ante su mesa para recitar las tablas de multiplicar. Y así, él en lo alto y yo abajo. El como un severo juez y yo abajo, pequeño, débil y atemorizado.

El maestro empuñaba un instrumento educativo, el palo, con el que iba dando golpecitos sobre el tablero de su mesa. Y entonces me equivoqué y dije siete por siete cuarenta y dos. El «maestro» se levantó, bajó desde su mesa y comenzó a pegarme. Yo caí al suelo y él siguió golpeándome.

Así fue todo. No cometí ninguna travesura, no hablé con nadie, no hice nada. Sólo un error al recitar la tabla de multiplicar. Mi terrible delito fue decir siete por siete cuarenta y dos. Y a consecuencia de aquel error vino la paliza. Aquel maestro me golpeó con un palo en todo el cuerpo, sin ningún miramiento, sin un asomo de piedad.

Me quiso dejar encerrado en la clase pero pude escapar. Me presenté en casa con la cara ensangrentada. Tenía las manos hinchadas por los golpes, la cabeza llena de chichones, el cuerpo lleno de marcas amoratadas. una brecha detrás de la oreja izquierda.

Y yo era un niño al que le faltaba un día para cumplir los once años. Y mi delito fue decir por un error, consecuencia del temor que me producía el palo de aquel maestro, que siete por siete eran cuarenta y dos. Todo esto me sucedió a mí el 17 de marzo de 1937. Aquel maestro era de los que decían que «la letra con sangre entra». A mí me tocó ser víctima de tan cruel teoría.

Me llevaron a la Casa de Socorro de San Sebastián donde me curaron la herida que tenía detrás de la oreja. Conservo en mi poder el parte médico. Dice entre otras cosas: «A las 8 horas y 30 minutos de la noche ha ingresado en esta Casa de Socorro de once años de edad quien presentaba erosiones en ambas manos, frente y región mastoidea izquierda. Pronóstico: leve. Consecuencia de una agresión».

De todo lo que el médico escribió en aquel parte, lo que más me ha hecho pensar ha sido el diagnóstico: leve.

Porque a mí, aquella paliza me produjo heridas. Heridas de las peores, de las que no se ven. Heridas que no eran leves, eran tan graves, que ahora que ya han pasado más de veinte años desde aquél día, pienso que acaso después de aquello ya no fui lo que era antes.

A algunas personas de mi edad cuando les oigo hablar de los años de su infancia y de sus experiencias escolares, les noto que lo hacen en un tono de agrídulce nostalgia. Tienen suerte. En los recuerdos de mi edad escolar, siempre sobresale, amarga y terrible, mi dolorosa experiencia a manos de un maestro cruel e inhumano. Una experiencia que a pesar de lo que decía el parte médico sobre la levedad de las heridas que me hicieron, me dejó huellas muy profundas.

Hasta aquí, muy resumido, el relato del cuaderno que recibí por correo. Creo que bien merece ser citado este aspecto de la enseñanza que —naturalmente— no ha sido privativo de Rentería ni de nuestro País Vasco. Precisamente en aquella lejana conversación, si citamos a Dickens fue por eso. Como demostración de que los castigos corporales eran algo perfectamente normal en todas las naciones, incluidas las más civilizadas.

Afortunadamente parece que ya no existe, por lo menos con la virulencia con que se daba en otros tiempos y de lo que es una buena prueba el contenido del cuaderno que ha dado origen a este comentario.

Sólo tengo una pena. No haberme preocupado, cuando recibí aquel sobre por correo, en averiguar quién era él que me lo envió. Quién era el autor del relato y víctima de la creencia de que la letra con sangre entra.

Aguirre de Echeveste